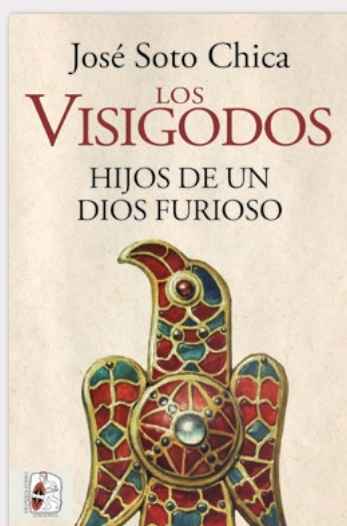


Azote de Roma, reyes de Hispania

La hecatombe de Adrianópolis, el saqueo de Roma, la derrota de Atila en los Campos Cataláunicos, la fundación del reino más poderoso del occidente cristiano... y su traumática disolución y pérdida a manos musulmanas. Los visigodos, hijos del dios de la guerra Guton, “el Furioso”, son indiscutibles protagonistas del tránsito de la Antigüedad a la Edad Media y, por tanto, de la configuración de la historia de España y de Europa.



Los visigodos. Hijos de un dios furioso
978-84-120798-9-0
592 páginas + 8 a color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 26,95 €

José Soto Chica, autor del exitoso *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*, regresa con un volumen que aborda una época crucial en la historia de España, el tiempo que hace de bisagra entre la Antigüedad y el Medioevo, el tiempo del primer reino que se enseñoreó sobre toda la península ibérica, el tiempo de los visigodos. Rastreado los nebulosos orígenes de los godos en Escandinavia, el libro acompaña a estos en una migración que los llevó a penetrar en el Imperio romano, a saquear por primera vez en siete siglos la Ciudad Eterna y a asentarse, por fin, en la Península. Los visigodos. Hijos de un dios furioso explica cómo ese viaje convierte a los visigodos en un pueblo mestizo, impregnado de romanidad, un mestizaje y una romanidad que se acentuaron en Hispania, constituyendo la fértil semilla que la marea islámica no pudo agostar y que luego germinará con los primeros reinos cristianos, verdaderos epígonos espirituales del reino de Toledo. Si san Isidoro, el más destacado intelectual visigodo, cantaba “¡Tú eres, oh, España, sagrada y madre siempre feliz de príncipes y de pueblos, la más hermosa de todas las tierras, en tu suelo campea alegre y florece con exuberancia la fecundidad gloriosa del pueblo godo!”, en José Soto encontramos su digno continuador; que aúna al exhaustivo conocimiento del periodo una prosa ágil y capaz de transmitir toda la épica que tuvo un Alarico poniendo de rodillas a Roma o un rey Rodrigo defendiendo su reino en Guadalete, hasta el fin.

«Los visigodos. Hijos de un dios furioso es una experiencia inmersiva, porque leer historia de la mano de José Soto Chica es transitar por un pasado que parece presente o, mejor, que nos hace entender que todo pasado vive en el presente. Un libro imprescindible».

David Porrinas, autor de *El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra*



José Soto Chica fue militar profesional y estuvo destinado a la Misión de Paz de la ONU (UMPROFOR) en Bosnia Herzegovina. Un accidente con una mina le costó una pierna y lo dejó ciego, lo que le llevó a reencauzar su vida hacia su verdadera pasión, la historia. Apenas un año después del incidente se matriculó en la Universidad de Granada, y en la actualidad es doctor en historia medieval y profesor contratado doctor de la Universidad de Granada e investigador del Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada. Es autor de las monografías *Bizancio y los sasánidas. De la lucha por el oriente a las conquistas árabes*, *Bizancio y la Persia sasánida: dos imperios frente a frente* e *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*, de más de cuarenta artículos en revistas y capítulos de libro en obras especializadas y de dos novelas históricas.

Disponible el miércoles 30 de septiembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



JOSÉ SOTO CHICA, POR PEPE SOTO CHICA

Nací en Santa Fe, Granada, en 1971. Desde pequeño fui un lector compulsivo de historia (mi primer libro, a los siete años, fue la *Anábasis* de Jenofonte). En 1992-1993 realicé mi servicio militar en el Regimiento Saboya N.º 6, Brigada Mecanizada N.º XI. El ejército me atrapó y en 1994 me alisté como soldado profesional, tras pasar por Alicante, me destinaron al Regimiento Córdoba N.º 10, Brigada Mecanizada N.º X. En enero de 1995 fui destinado a la Misión de Paz de la ONU, UMPROFOR, en Bosnia Herzegovina. El conflicto bélico estaba en su punto álgido y permanecí en Bosnia hasta finales de abril de ese año, realizando misiones de protección y escolta en destinos como Medjugorje, Mostar, Jablanica, Metkovic, Chaplina, etc. Recibí la Medalla al Servicio por la Paz de la ONU. En enero de 1996 y en el marco de unas maniobras con explosivos llevadas a cabo en el campo de maniobras de mi base, Cerro Muriano, sufrí un accidente con una mina que me dejó ciego y en el que perdí la pierna izquierda. Durante catorce días estuve entre la vida y la muerte y tras despertar en el hospital, mi recuperación fue rápida. En 1997, con 26 años de edad, comencé a cursar la licenciatura de historia en la Universidad de Granada. Tras una buena carrera –menos cuatro sobresalientes y dos notables, el resto fueron matrículas de honor– cursé el DEA, obtuve una beca de formación de doctores de la Junta de Andalucía y comencé mi tesis doctoral: *Bizantinos, sasánidas y musulmanes. El fin del mundo antiguo y el inicio de la Edad Media en Oriente. 565-642*, que defendí en marzo de 2010 obteniendo la máxima calificación.

Cómo trabaja un historiador ciego

La informática para ciegos ha dado un gran salto en los últimos años. Un ordenador normal y corriente pero con el programa Jaws permite al ciego escribir, leer, navegar por Internet, usar el correo, etc. Jaws describe con voz lo que el usuario normal vería en pantalla: iconos, enlaces, texto, etc. Un escaner portátil conectado al ordenador permite leer sin problemas. Basta con escanear el documento que se quiere leer: libro, revista, periódico, etc. para que Jaws lo lea. Además el documento se archiva en distintos formatos y así puede volver a consultarse o trabajar sobre él sin problemas y sin tener que volver a escanearlo. En cuanto a mi trabajo de investigación, en primer lugar y durante años he ido acumulando, escaneando, cientos de fuentes y bibliografía que me sirven de base de partida. Las fuentes, herramientas fundamentales, no solo están ya archivadas en mi ordenador, sino que en cierta medida se han transformado en bases de datos sobre las que ya es fácil operar con parámetros de búsqueda. Internet el gran amigo de los ciegos: buena parte de las grandes bibliotecas del mundo han digitalizado sus fondos y los han hecho accesibles para personas ciegas. Ello facilita mucho la labor de investigación que, en esencia, es similar a la de cualquier otro. En el caso de las imágenes, monedas, sellos, esculturas, mosaicos, etc. recorro a descripciones de análisis de especialistas y a mis “ojos suplentes”: familiares, amigos, compañeros de mi centro de investigación... que me describen lo que ven y a partir de ahí tomo notas. Téngase en cuenta que me quedé ciego con 24 años y eso lo cambia todo. Mi cerebro sigue viendo y además, al ser un apasionado de la historia, del arte y de la geografía, buena parte de lo que me describen, o bien lo he visto y se trata de refrescar detalles, o bien puedo evocar equivalentes cercanos y componer una imagen bastante aproximada. En una biblioteca, con mi ordenador y un escaner, no creo que hoy exista una diferencia significativa entre mi labor y la de un investigador en plena posesión de sus sentidos físicos.

Curriculum de José Soto Chica

José Soto Chica es doctor en Historia Medieval por la Universidad de Granada. Posee la acreditación de profesor contratado doctor y es investigador del Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada. Es autor de siete libros, el actual: *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*. Así como de dos novelas históricas –*Tiempo de leones* y *Los caballeros del estandarte sagrado*–, tres libros de historia centrados en el Bizancio, la Persia sasánida y el Islam de los siglos V y VII –*Bizancio y la Persia sasánida: dos imperios frente a frente. Una comparación militar y económica. 565-642*, *Bizancio y los sasánidas. De la lucha por el Oriente a las conquistas árabes* y *La didascalía de Jacob*– y uno de relatos cortos de terror y misterio, *Sin maquillaje. Relatos tras la tormenta*. Es así mismo autor de más de cuarenta artículos científicos y capítulos de libro en obras especializadas. Ha publicado también artículos de divulgación histórica en revistas como *Desperta Ferro Antigua y Medieval* o *Arqueología e Historia*. También es autor de relatos cortos, poemas y artículos de opinión. Soldado profesional, sirvió en la misión de Paz de la ONU en Bosnia Herzegovina y recibió la Medalla por la Paz en 1995. En 2011 fue galardonado con el Diploma Honorífico a la Divulgación de la Historia y la Cultura de la ciudad de Estambul concedido por la Asociación de Comerciantes Suyad Sultanahmet Onur Belgesi de Estambul. En 2013 recibió la Gran Cruz al mérito distinguido de la asociación Duque de Ahumada. Es miembro de la Sociedad Española de Bizantinística, de la Sociedad Española de Iranología, de la Sociedad Española de Estudios Neogriegos y de ASEHISMI: Asociación Española de Historia Militar y ha impartido y ofrecido clases, conferencias y ponencias en universidades e instituciones tales como las universidades de Granada, Almería, Oporto, Lund, Teherán, Alcalá de Henares, Autónoma de Barcelona, Murcia, La Real Academia de la Historia, La Academia Militar General, el MADOC o La Base Aérea de Armilla. Ha sido redactor y voz de programas de radio, comisario de exposiciones. Asimismo, es socio del Centro Artístico, Literario y Científico de Granada. Actualmente participa en varios proyectos de investigación e imparte clases.

ÍNDICE

Agradecimientos

Prólogo

Introducción. Los godos y la primera España

Capítulo 1 «Los que ponen a prueba el valor de los romanos»

Capítulo 2 De los tervingios a los visigodos (337-378)

Capítulo 3 «El inicio del terror para el Imperio»

Capítulo 4 «Por la causa de Roma»

Capítulo 5 «Fue creado rey en Hispania»

Capítulo 6 «Exterminados por doquier los tiranos
y vencidos los invasores de España»

Capítulo 7 «La gloria de un triunfo superior al de los demás reyes»

Capítulo 8 Un reino por dentro: Ejército, legislación,
administración, economía, sociedad y cultura

Capítulo 9 «Con la espada, el hambre y la cautividad»

Anexo: Cronología

Bibliografía

Índice analítico



DOSSIER DE PRENSA



INTRODUCCIÓN

LOS GODOS Y LA PRIMERA ESPAÑA

Tú eres, oh, España, sagrada y madre siempre feliz de príncipes y de pueblos, la más hermosa de todas las tierras que se extienden desde el Occidente hasta la India. Tú, por derecho, eres ahora la reina de todas las provincias, de quien reciben prestadas sus luces no sólo el ocaso, sino también el Oriente. Tú eres el honor y el ornamento del orbe y la más ilustre porción de la tierra, en tu suelo campea alegre y florece con exuberancia la fecundidad gloriosa del pueblo godo.

Isidoro de Sevilla, *Historias*, 1-10¹

La cita con la que comienza el capítulo es el inicio del *De laude Spaniae* (*Alabanza de España*), y fue escrita por Isidoro, obispo de Sevilla, en el año 626 –hace ya casi mil cuatrocientos años– y bajo el reinado del rey godo Suintila (621-631) en el momento en que este último había completado el control godo sobre la totalidad del territorio de la península ibérica.²

El *De laude Spaniae* de san Isidoro fue el primer panegírico dedicado a Hispania como entidad independiente. De hecho, desde la segunda mitad del siglo VI y a lo largo del siglo VII, fue cada vez más común usar el término *Spania* como sinónimo del territorio del estado erigido por los godos de Occidente. Así, por ejemplo, Juan de Biclara, obispo de Gerunda (Gerona), reservaba ese nombre, *Spania*, al territorio que los godos controlaban en la península ibérica, mientras que designaba como Reino de Gallaecia a las tierras controladas por los suevos. Cuando en el 585 estos últimos perdieron su independencia frente a los godos, sus antiguos dominios se integraron en lo que Juan de Biclara llamaba *Provincia Hispaniae*. Y es que aunque los reyes visigodos seguían llamándose *Rex Gothorum* también se denominaban a sí mismos y eran llamados *Regis Spaniae atque Galliae*.³ Fuera del Reino tampoco se tenía duda alguna de lo que en realidad eran y así, Gregorio de Tours, un cronista franco de finales del siglo VI, llamaba a Leovigildo (569-586) Rey de los Hispanos y a su hijo, Recaredo (586-601), Rey de Hispania.⁴ Y lo cierto es que al subir al

trono un nuevo monarca, a quien se exigía el juramento de fidelidad era a «Todos los pueblos de Spania».⁵ Era esta una fórmula muy significativa que identificaba *Spania* con el ámbito de la soberanía ejercida por el rey godo. Identificación que, por otra parte, y de forma aún más señalada si cabe, también se reflejaba en la *Lex Visigothorum* o *Liber Iudiciorum*, código constituido en un principio por Recesvinto en el 654. Así, por ejemplo, en una ley promulgada por Wamba (672-680) podemos leer como encabezado de la ley que debía regir la movilización general en caso de ataques enemigos: «qué hay que hacer si se originasen hostilidades en los confines de Hispania». Como se habrá advertido, no se nombra ni a Gallaecia, ni a Galia, pese a que las disposiciones nombradas regían para todo el reino, sino que se abarcaba por completo a este último en la palabra *Hispania* y para que no quedara duda de ello, algo más abajo el legislador aclaraba: «y si alguien dentro de las fronteras de Hispania, de la Galia, de Galicia, esto es, en todas las provincias que están sujetas a la jurisdicción de nuestro gobierno [...]». Y lo que acabamos de evidenciar al citar esta ley, es decir, la equivalencia y concreción de todo el reino en el término *Hispania* de las partes que lo constituían, se sigue manifestando en leyes como la que trataba de los siervos huidos: «así mismo cualquier persona que resida o se halle en los límites de Hispania [...]». Y es que la realización de la unidad política, legislativa y religiosa del reino godo se estaba concretando y se iba expresando en una creciente sinonimia entre *Regnum gothorum* (reino de los godos) y *Spania*. Una patria, un *regnum* que era asimismo condensado por los «intelectuales» como Juan de Biclara, Braulio de Zaragoza, Isidoro de Sevilla, Eugenio de Toledo o Julián de Toledo en la voz *Spania*,⁶ que no era sino la nueva identidad labrada desde la segunda mitad del siglo VI por reyes como Leovigildo, Recaredo, Sisebuto o Suintila. Pues es que, aunque Isidoro era hispanorromano y Suintila era godo, esas diferencias, antaño tan importantes, se estaban difuminando y se estaba consolidando una nueva realidad.

Esa identidad, esa realidad, se asentó por completo y puede comprobarse en los textos que se escribieron en los cien años que siguieron a la destrucción del reino visigodo de Toledo.

CAPÍTULO 1

«LOS QUE PONEN A PRUEBA EL VALOR DE LOS ROMANOS»

EL ORIGEN DE LOS GODOS Y SUS PRIMERAS GUERRAS CON ROMA (100 a. C.-337 d. C.)

Estos son los que Alejandro afirmó que había que rehuir, los que temió Pirro y horrorizaron a César. Tuvieron durante muchos siglos un reino y reyes que, como no fueron anotados en las crónicas, permanecen ignorados. Fueron incluidos en las historias desde el momento en que los romanos pusieron a prueba su valor contra ellos.

San Isidoro, *Historias*, I, 2.

El texto con el que se abre este capítulo fue escrito por Isidoro, obispo de Híspalis (Sevilla) en el año 626. Dejando de lado la hipérbole, señala una cuestión fundamental sobre los godos: «[...] tuvieron durante muchos siglos un reino y reyes que, como no fueron anotados en las crónicas, permanecen ignorados [...]». En efecto, los godos carecían de historia hasta confrontarse con los romanos en el siglo III de nuestra era: «[...] Fueron incluidos en las historias desde el momento en que los romanos pusieron a prueba su valor contra ellos». Fue en ese momento, en el segundo tercio del siglo III, cuando los godos aparecen como merodeadores en el *limes* danubiano. A partir de ahí sembrarían el terror, primero, y se convertirían, después, en una pieza clave y a tener muy en cuenta en el complicado juego que Roma tuvo que jugar durante la segunda parte del siglo III y la mayor parte del siglo IV para sostener sus fronteras.

Saqueadores, piratas, mercenarios... Esos fueron sus primeros «oficios» en el mundo romano y los godos los desempeñaron muy bien antes y después de fundar en las estepas pónlicas y en las montañas carpáticas reinos y señoríos que luego barrerían los hunos. Pero antes, aunque Isidoro de Sevilla ignorara los detalles, antes de que «pusieran a prueba el valor de los romanos» los godos, bajo el manto neblinoso de las leyendas, emprendieron una saga de emigración, conquista y mestizaje que los llevó desde el sur de Escandinavia a las llanuras y montañas de lo que hoy son Ucrania, Moldavia y Rumanía. Fue un lento proceso que, en su primera fase, duró trescientos años y que la arqueología, la filología y un mejor análisis de las fuentes literarias grecorromanas y de las leyendas y noticias godas que sobrevivieron en la tradición oral y que fueron recogidas en los textos de autores como Casiodoro, Jordanes o Isidoro, han ido colocando, con todos los matices y discusiones eruditas que se quiera, a la luz de la historia.



CAPÍTULO 2 DE LOS TERVINGIOS A LOS VISIGODOS (337-378)

LA TEMPESTAD HUNA Y EL DESASTRE DE ADRIANÓPOLIS (370-378)

Fue una carga devastadora a la que pronto se sumaron los infantes de Fritigerno que se resguardaban tras los carros. Amiano Marcelino lo deja bien claro: «Todos los godos, además de los tervingios participaron en la batalla» esto es, los exploradores y espías romanos habían fracasado de un modo lamentable. Valente había esperado enfrentarse solo a los tervingios de Fritigerno, los mismos que sus informadores habían estimado en «poco más de 10 000 guerreros» pero ahora tenía destrozando sus líneas no solo a esos 10 000 tervingios, sino también a los greutungos de Alateo y Sáfrax, sin duda tan numerosos como los hombres de Fritigerno, y a los temibles jinetes alanos. Es decir, no menos de 30 000 enemigos. Unas cifras que reducían considerablemente la superioridad numérica romana que tanta confianza había dado a Valente, el mismo que ahora contemplaba cómo su flanco izquierdo se hundía y era aniquilado y cómo su infantería legionaria, formada en apretado cuadro, era «martilleada» una y otra vez por salvajes ataques frontales de la infantería tervingia y por repetidas cargas de la caballería greutungia y alana que caía sobre ella desde su expuesto flanco izquierdo. Además, cada vez más jinetes godos y alanos desmontaban y echaban pie a tierra para acosar con más intensidad al inmovible cuadro romano. Este había cerrado escudos y hacía uso de sus *spicula*, mientras que los bárbaros que las tenían usaban hachas para abrirse sangriento camino entre las filas enemigas.

La batalla se fue transformando en un infierno. El calor era agobiante, el humo y la polvareda impedían a los soldados hacerse una idea de lo que en realidad estaba pasando, mientras que los bárbaros, con el punto fijo y claro de su campamento de carros siempre a la vista, se orientaban mejor. Pese a todo, la infantería legionaria plantó fiera batalla. Se luchó con saña durante horas manteniéndose la formación cerrada. Rechazando una y otra vez a los bárbaros, mientras que la tierra se llenaba de cadáveres de las propias filas y de las enemigas y el suelo se volvía fangoso a fuerza de tragar sangre. Se peleó con desesperación bárbara y romana, los combatientes se alzaban sobre los cuerpos muertos y heridos que

yacían por doquier y que, golpe a golpe, se iban apiñando hasta formar montañas de carne muerta y ensangrentada.

Amiano Marcelino, soldado amén de historiador y que contó con narraciones de la batalla de primera mano, nos deja un espantoso cuadro de la batalla que, con la tarde avanzando, desembocó en ruina y matanza, pues, al cabo, las apretadas filas de las legiones romanas se quebraron y se impuso el pánico, destructor de tantos ejércitos.

Al romper filas sobrevino una implacable persecución. Los romanos fugitivos eran cazados y muertos por los jinetes godos y alanos, o acorralados por los infantes bárbaros y acuchillados o alanceados sin piedad. Los caminos que llevaban a Adrianópolis se llenaron de miles de soldados romanos que trataban de alcanzar la seguridad de sus defensas.⁷⁹

Muchos no lo lograrían. El propio emperador se vio arrastrado por el caos. Llevado por sus servidores hasta una granja cercana al campo de batalla, quedó aislado de la mayor parte de su guardia y separado del grueso de los fugitivos. Valente estaba herido, pero antes de que pudiera recibir auxilio o escapar hacia Adrianópolis, su refugio fue rodeado por una partida de guerreros bárbaros que, ignorantes de que en la granja se había refugiado el emperador y rabiosos por las flechas, dardos y venablos que les arrojaban desde el edificio, le prendieron fuego.⁸⁰

Así murió Valente, agosto de la parte oriental del Imperio romano. Caía la noche y dos tercios de su ejército, puede que unos 25 000 hombres, yacían sobre el campo de batalla o habían sido apresados. Junto a los soldados y centuriones yacían también los *magistri militum* Sebastiano y Trajano, así como 35 tribunos, 32 de los cuales con mando efectivo sobre unidades.⁸¹ Roma nunca volvería a ser la misma y los godos, ciento veintisiete años después de la batalla de Abrittus, volvían a dar muerte a un emperador romano. Pero esta vez, y al contrario de lo que sucedió tras Abrittus, los godos no serían expulsados del Imperio, sino que lo socavarían profundamente.

CAPÍTULO 4 «POR LA CAUSA DE ROMA»

DE ROMA A LOS GODOS: *GOTTHI INTRA HISPANIAS SEDES ACCEPERUNNT* (453-497)

En el año 453, Turismundo, rey de los godos de Tolosa, fue asesinado por sus hermanos. Ese mismo año murió Atila y un año más tarde, en el 454, su imperio se deshizo. Ese mismo año de 454 fue asesinado Flavio Aecio y al año siguiente, 455, su asesino, el augusto Valentiniano III, fue a su vez asesinado por los bucelarios hunos del malogrado Aecio. El luctuoso año se completó con el segundo saqueo bárbaro de Roma, el llevado a cabo por Genserico.

Pero también en el 455, Avito, un noble galo, se alzó con el trono. Sus relaciones con los godos y con su nuevo rey, Teodorico II, eran inmejorables y personales. Los federados godos y el Imperio estaban otra vez en armonía y los suevos pagaron esa armonía. Requiario había lanzado expediciones de saqueo contra los vascones en el 448, lo que llevó a sus huestes hasta el Pirineo, pues los vascones aún no se habían asentado del todo en la depresión vasca.

En el año 449, el rey suevo seguía provocando problemas en la Tarraconense. Tras visitar a su suegro Teodorico I en Tolosa, a su regreso a Hispania, quizá tranquilizado por Teodorico al respecto de las consecuencias de sus actos, saqueó los campos en torno a Caesaraugusta y tomó por sorpresa Ilerda (Lérida), en donde hizo cuantiosos cautivos. Ensoberbecido por sus continuas y exitosas razias, por su triunfo sobre el ejército imperial en el 446, y por su alianza matrimonial con la dinastía goda de Tolosa, Requiario se negaba a llegar a acuerdos con el Imperio y solo los firmó en el año 453 cuando los *comites* Mansueto, *comes Hispaniarum*, y Frontón, se presentaron en su corte de Bracara Augusta.¹¹⁰ Al año siguiente, 454, Teodorico II, el homicida hermano de Turismundo, a requerimiento de Aecio, envió a su hermano Friderico o Frederico al mando de un fuerte contingente godo a combatir a los bagaudas de la Tarraconense a los que los godos aniquilaron restaurando el completo dominio de Rávena sobre la provincia.¹¹¹

En el año 455, Requiario quiso aprovechar los disturbios y luchas que siguieron al asesinato de Valentiniano y al saqueo de Roma por los vándalos para sacar tajada. Así que saqueó la Cartaginense cuyo dominio había vuelto a ceder al Imperio por el tratado del 453.

Había, pues, que meter a Requiario en cintura. Primero se le enviaron emisarios reclamando que volviera a Gallaecia y cumpliera lo acordado. Eran emisarios romanos y godos y eso indica que Requiario se había comprometido con ambas potencias, Roma y el *regnum* godo, y que dichas potencias estaban en completo acuerdo sobre los asuntos

de Hispania. Pero Requiario no se plegó a tales exigencias, sino que optó por la guerra atacando la Tarraconense. Aquello era demasiado. Avito, entonces, ordenó a Teodorico II que reuniera a sus huestes y que penetrara en Hispania para aniquilar a los suevos.

Roma se enfrentaba en ese momento a ataques vándalos en Sicilia, Córcega y Campania, pero Ricimero, nieto de Walia e hijo de Requila, y a la sazón el *magister militum in praesentis* de Avito, obtuvo una brillante victoria sobre ellos que ensalzó Sidonio Apolinario y que se vio acompañada por otra victoria obtenida por las armas imperiales en Panonia. Eso y la agitación de los burgundios en Galia, dejó por completo en manos de los godos de Teodorico II la campaña en Hispania. Teodorico II no defraudó a Avito. Penetró en Hispania a la cabeza de sus godos y comandando también a los contingentes de otros dos reyes bárbaros federados de Roma, los burgundios Gundiaco e Chilperico.

El 5 de octubre del 456, junto al río Órbigo, a 12 millas (18 km) al este de Asturica Augusta (Astorga), los suevos de Requiario sufrieron una severa derrota por Teodorico y su ejército de godos y burgundios. Requiario, herido por un dardo, tuvo que huir a uña de caballo hasta «las extremidades de Gallaecia» y su capital fue tomada y saqueada por Teodorico II a finales de octubre de aquel mismo año, el cual no tuvo reparos en cautivar a cuantos hispanorromanos pudo y en saquear y profanar iglesias y lugares santos convirtiendo algunos de ellos en establos.

Tras este saqueo, el rey godo continuó su avance por el debelado reino suevo y en diciembre el vencido Requiario, que se había refugiado en Portocale (Oporto), con la esperanza de embarcarse y huir, fue hecho prisionero y llevado ante Teodorico junto con muchos de sus nobles. Teodorico II se mostró implacable con su cuñado y decretó su muerte junto con buena parte de su comitiva regia. La matanza y la victoria fueron tan completas que Hidacio, contemporáneo de los hechos, dio por terminada la historia de los suevos.

Las victorias de Teodorico coincidieron, como ya hemos apuntado, con las obtenidas por Ricimero frente a los vándalos en Sicilia, Córcega y Campania, triunfos que fueron oportunamente comunicados a Teodorico como muestra de júbilo, sin duda, pero lo más seguro también como recuerdo de que Roma seguía siendo Roma y que las victorias logradas por el rey godo se habían conseguido en nombre del emperador Avito.¹¹²

CAPÍTULO 5 «FUE CREADO REY EN HISPANIA»

LOS VISIGODOS, LA *RECUPERATIO* JUSTINIANEA Y LA INSTAURACIÓN DEL REINO DE TOLEDO (549-567)

Ya se le podía denominar así: Reino de Toledo. Pues Atanagildo fue el primer rey visigodo en asentar allí sus reales y en convertirla en capital estable de sus dominios. Unos dominios en los que Hispania, pese al control bizantino del sur y del sudeste, era la indiscutible base de poder goda en la que Atanagildo buscaba con desesperación contar con fuerza y recursos suficientes como para encarar con éxito los desafíos de su reinado.

No fue fácil. Hay evidencia en las acuñaciones numismáticas de su reinado de que Atanagildo se vio enfrentado a una fuerte crisis económica. Probablemente, la pérdida de buena parte del tesoro real por Agila entre el 549 y el 551, sumada a las penalidades de la guerra civil y a la ocupación por parte de los bizantinos de ricas ciudades y tierras, dejaron exhaustos los fondos con que podía contar el rey.⁵⁸ Sin embargo, pese a tales penurias, la paz que comenzó a instalarse en su reino a partir del año 556 y que en líneas generales se prolongó hasta su muerte en el 567, fue devolviendo poco a poco la prosperidad a aquella tierra agitada. Además, era el suyo un reino activo. Los intercambios comerciales con África y Oriente se multiplicaron tras la recuperación por parte del Imperio de las costas y puertos de la Cartaginense y de la mayor parte de la Bética, y ello, aunque resulte paradójico, tuvo que repercutir positiva y paulatinamente, en las arcas de Atanagildo y en las bolsas de sus súbditos, pues los comerciantes se adentraban en el *regnum* hasta ciudades como Híspalis, Emerita Augusta, Caesaragusta, Santarém, Olissipo o Tarraco, para comprar y vender, instalándose en gran número y animando la economía de dichas poblaciones y sus regiones. Son los *transmarini negociatores* de los textos. Hombres, a menudo, llegados del Oriente romano y en tal número y con tal influencia que no pocos de ellos terminarían ocupando altos puestos, incluso las sedes episcopales de sus ciudades hispanas adoptivas.⁵⁹



Medallón encontrado en 1894 en Sinigallia (Italia), en cuyo anverso aparece un busto del rey ostrogodo Teodorico sosteniendo una Victoria, y rodeado de la leyenda REX THEODORICVS PIVS PRINCIPS.

No solo comerciantes y no solo a Hispania. Desde Hispania y en estos años de mediados del siglo VI, marcharían a Roma y Constantinopla embajadores, obispos y jóvenes en busca de sabiduría. Gente como Liciniano de Cartagena, Juan de Biclario o Leandro, hermano de san Isidoro, y a Hispania llegarían también gentes doctas, embajadores, aventureros y monjes provenientes de todo el Imperio.

Atanagildo pudo poner en práctica una acertada política exterior firmando un tratado con el Imperio y aceptando en el 566 la alianza con los francos, en parte para prevenir sus ataques a Septimania y la Tarraconense, y en parte para lograr sumar fuerzas frente a los romanos. Francos y visigodos eran ahora los dos únicos verdaderos poderes que se enfrentaban en Occidente al Imperio. Así que con el casamiento de sus dos hijas: Brunequilda con Sigeberto I de Austrasia y Galswinta con Chilperico I de Neustria,⁶⁰ Atanagildo podía aspirar a centrarse en enfrentar a los romanos.

La elección de Toletum como sede regia es todo un signo de la nueva era que se iniciaba en la historia de los visigodos y los hispanos. Hasta ese momento, desde la pérdida de Tolosa ante los francos en el 508 hasta la elección de Toletum como nueva capital, los reyes visigodos habían sido reyes itinerantes. Vagaban por sus dominios arrastrando tras de sí los dos únicos elementos que aseguraban su poder: su comitiva armada y su *thesaurus*, su tesoro. Ciudades como Barcino, Híspalis o Emerita Augusta les ofrecían asiento durante un tiempo, pero ninguna de ellas les ofreció la estabilidad y fortaleza suficientes como para transformarse en verdaderas capitales de un reino en zozobra y construcción. Toletum, una diminuta ciudad que es probable que no pasara de los 2000 habitantes cuando Atanagildo la eligió como sede regia, sí lo hizo y fue en ella donde se levantó un *palatium* en torno al cual se configuraría de forma definitiva una sede de poder puramente visigodo-hispana.

CAPÍTULO 7

«LA GLORIA DE UN TRIUNFO SUPERIOR AL DE LOS DEMÁS REYES»

EL APOGEO DEL REINO DE TOLEDO (586-672)

Hay que recalcarlo: «Alcanzó por su feliz éxito la gloria de un triunfo superior al de los demás reyes. Ya que fue el primero que obtuvo el poder de la monarquía sobre todo el reino de España hasta el estrecho y el Océano, hecho que no se dio en ningún príncipe anterior». La frase con la que san Isidoro ensalzaba en el 626 el triunfo de su contemporáneo monarca, Suintila (621-631), por conquistar en el 625 las últimas plazas bizantinas en la España continental, si exceptuamos la aislada y medio insular Mesopotaminoi (Algeciras), es todo un resumen del apogeo de un reino que se consolidaba como el estado más poderoso de Occidente.

No tuvo que ser fácil para san Isidoro cantar así el triunfo de Suintila, pues dicho rey estaba detrás del asesinato de su predecesor, el culto y guerrero Sisebuto, amigo íntimo de san Isidoro con quien compartía gusto por la erudición y a quien motivó para escribir una de las obras fundamentales del saber universal, las *Etimologías*, una auténtica compilación y recensión del conocimiento antiguo que puso a disposición del mundo medieval un saber enciclopédico y universal que englobaba todas las disciplinas, desde la astronomía al derecho y desde la geografía a las matemáticas, y que lo hacía aportando además el

nuevo espíritu cristiano y una potente curiosidad. Nunca se elogiará lo bastante tan magna obra. Europa creció leyendo las *Etimologías* de san Isidoro y esa obra fue fruto de la amistad entre un rey cultísimo y un santo erudito. Esa asociación entre rey y santo, entre guerrero y obispo, es en sí misma y también, la mejor definición de un reino en esplendor: el de Toledo, la primera España.

Y, sin embargo, aun en aquel momento de apogeo militar, político, cultural y económico, se pueden encontrar ya las semillas de la decadencia y caída: la imposibilidad de los grandes reyes de asegurar una sucesión ordenada del poder y de sujetar a una nobleza que, poco a poco, recuperaba la ambiciosa iniciativa que Leovigildo y Recaredo le habían sustraído.

Pero, no obstante, durante largas décadas y pese a los conflictos por el trono, al ascenso de la nobleza y a su gusto por escapar de la autoridad real, el Reino de Toledo supo crear en el siglo VII un mundo sofisticado y en extremo rico. Tanto que los contemporáneos reinos y principados lombardos, merovingios, anglosajones y celtas del Occidente europeo parecían atrasados, pobres o débiles en comparación.



CAPÍTULO 8 UN REINO POR DENTRO

EJÉRCITO, LEGISLACIÓN, ADMINISTRACIÓN, ECONOMÍA, SOCIEDAD Y CULTURA

Cuando los *gotti*, godos, aparecieron por primera vez en la diócesis de Hispania no eran otra cosa que un ejército. Un ejército/pueblo de variada composición étnica y en plena y larga, pero ya avanzada, etnogénesis. De hecho, uno tiene la impresión de que en el siglo V el término *gotti* no era más que el nombre con que se designaba a los seguidores armados de Alarico, Walia o Teodorico II y que ese término había dejado de tener sentido más allá de la guerra o de su preparación. Dicho de otro modo, uno se hacía godo sirviendo con las armas en la mano al *rex gothorum* que no era otra cosa que un potentísimo señor de la guerra.¹

Por eso, los godos fueron siempre, y ante todo, una élite militar. Fue de la guerra de donde obtuvieron su preeminencia, su prestigio, sus riquezas y propiedades y de donde extrajeron su derecho a regir los destinos de Hispania. Y aunque es cierto que buena parte de su organización militar, de sus arreos y armas, y hasta de sus hombres de guerra e incluso de sus más insignes generales como Vincentius, Claudio o Nicolao,² tenían un origen romano, lo cierto es que el prestigio militar godo siempre estuvo

presente y esa fama, esa nobleza otorgada por el ejercicio de las armas, seguía siendo su seña de identidad en época de Isidoro de Sevilla y su último y verdadero asiento político, el que justificaba que solo a ellos, a los godos nobles de largos linajes, les quedara reservado el trono.³

Pero cuando los godos se asentaron, primero en Aquitania y luego en Hispania, fueron en extremo hábiles a la hora de aprovechar, mantener y desarrollar las estructuras administrativas, económicas y sociales que encontraron en las antiguas provincias del Imperio. Al cabo se generó un mundo dinámico y mestizo en el que aparecieron nuevas maneras y fórmulas y en el que terminó aflorando una cultura con un marcado gusto por la erudición, casi enciclopédica, que facilitó un renacimiento cultural que precedió y en buena parte determinó, el posterior y más conocido Renacimiento carolingio.

Una economía marcada por lo agrario, pero en donde el comercio seguía siendo reseñable, y una sociedad caracterizada por el poder de la nobleza y la existencia de grandes masas de no libres definen un reino que, en su contexto, fue rico y poderoso.



El llamado broche de Turruñuelo es un claro testimonio de la existencia de contactos e influencias del otro lado del Mediterráneo en época visigoda. Se trata de una fibula fabricada en oro que formaba parte del ajuar de una sepultura femenina de la necrópolis del Turruñuelo (Medellín), ocupada por la que sin duda fue una mujer perteneciente a la élite del entorno de la ciudad metropolitana de Emerita. De su sudario se conservan unos hilos de oro, mientras que otros objetos como un par de pendientes, un anillo inscrito y un bolso formaban también parte de su ajuar. La fibula se data hacia finales del siglo VI y cuenta con una leyenda en griego que refiere a la protección de santa María a aquel que la lleve. En el terreno iconográfico, incluye una representación de la adoración de los Reyes Magos, que van vestidos al modo oriental de la época. El estilo artístico es claramente bizantino y es muy probable que el origen de la pieza se encontrara en el territorio sirio-palestino.

CAPÍTULO 9 «CON LA ESPADA, EL HAMBRE Y LA CAUTIVIDAD»

LA CAÍDA DEL REINO (672-722)

Y así, con la espada, el hambre y la cautividad devastano sólo la España Ulterior sino también la Citerior hasta más allá de Zaragoza, ciudad muy antigua y floreciente, poco ha desprovista de defensas porque así quiso Dios. Con el fuego deja asoladas hermosas ciudades, reduciéndolas a cenizas; manda crucificar a los señores y nobles y descuartiza a puñaladas a los jóvenes y lactantes. De esta forma, sembrando en todos el pánico, las pocas ciudades restantes se ven obligadas a pedir la paz.

Crónica mozárabe del 754, 54

De esta manera tan cruda el contemporáneo autor de la llamada *Crónica mozárabe* del 754 termina de dibujarnos el vertiginoso cuadro de la conquista musulmana del reino visigodo: una batalla campal decisiva, la toma de la capital del reino, la brutal eliminación de las élites opositoras, la siembra del terror para abortar cualquier tentación de resistencia, el ofrecimiento y firma de pactos con los asustados y desconcertados jefes supervivientes...

La conquista del reino visigodo fue una conquista rápida, implacable y sangrienta. La estrategia y los procedimientos seguidos por los conquistadores no fueron una excepción, ni una novedad. Todo lo contrario, habían sido previamente ensayados en las provincias orientales del Imperio bizantino y en Persia, y afinados en la larga y durísima conquista del África bizantina. En efecto, si comparamos las primeras campañas de Táriq y de Musa ibn Nusair contra el reino visigodo (711-713) con las de Siria, Egipto y Persia, nos percataremos de toda una serie de coincidencias. En cierta medida, la experiencia conquistadora desarrollada por los caudillos árabes desde el 633 había formado y consolidado lo que hoy se denomina una «doctrina» militar. Un depósito de experiencias y métodos que facilitaban el abordaje de nuevas conquistas. Esas conquistas tenían su propia dinámica y en cierta me-

didada cada una de ellas engendraba la siguiente y de este modo, la conquista del reino de Toledo no fue sino la necesaria continuación de la del África bizantina como esta a su vez no fue sino el paso ineludible tras el sometimiento de Egipto. El historiador egipcio Ibn 'Abd al-Hakam, que escribía hacia el 860, debió de entenderlo así, pues en vez de abordar en su obra la totalidad de las conquistas árabes, como hicieron sus contemporáneos al-Baladhurî y al-Tabarî se centró en las de Egipto, África y España: *Futûh misr wa Ifriqiya wa-al-Andalus*.

Sin embargo, la conquista del reino visigodo tuvo para los árabes un brillo especial y comparable al de las conquistas de Siria-Palestina y Persia. Por eso, cuando el califa Walid II (743-744) construyó su palacio de caza en Qusayr 'Amra, mandó a sus artistas que pintaran un fresco en el que aparecieran los grandes reyes vencidos por el islam y en el que podemos ver al rey visigodo Rodrigo junto al emperador romano Heraclio, al rey de reyes de Persia y al *negus* de Abisinia. No ha de sorprendernos, la caída de un Reino tan grande y rico como el visigodo tuvo un fuerte impacto entre los contemporáneos, tanto entre los vencidos como entre los vencedores. De ahí que Musa ibn Nusair, el Conquistador, escribiera exultante a su califa, Walid I (705-715): «Esto no es una conquista, esto es la resurrección»¹, tratando así de explicar la inmensa riqueza cosechada por las lanzas de sus hombres en el reino visigodo.

Pero ¿cómo pudo caer tan rápido un reino tan poderoso y en apariencia bien asentado? Esta pregunta atormentó a los derrotados y la respuesta sigue siendo hoy día fuente de discusión y controversia.



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

